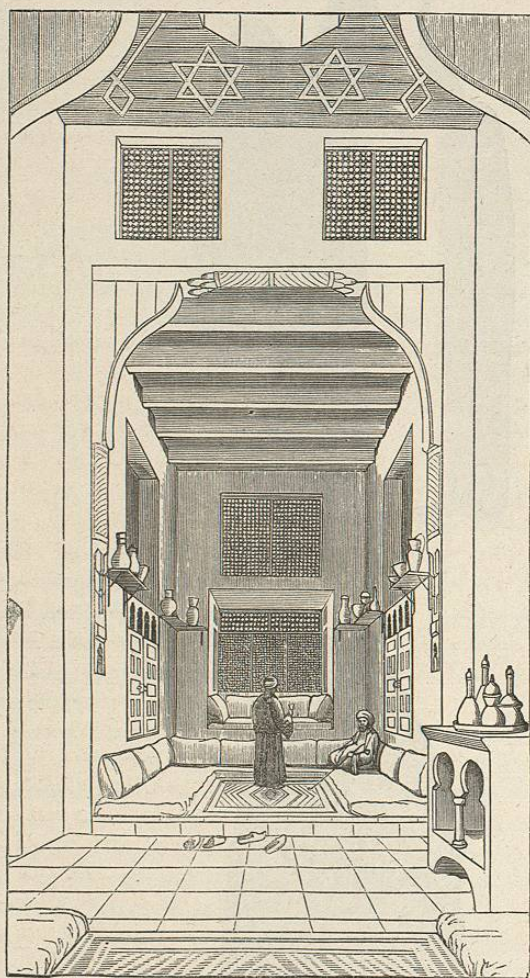


conquistas persas por Ibn Amir, y que Moawiya era el único hombre verdaderamente apto para el cargo que se le había confiado. Pero la atrevida preferencia de los propios parientes debía causar mal efecto en todas partes; ¿qué no podrían decir entonces los piadosos cuando veían entre aquellos jefes á hombres como Ibn Abí Sarh, á quien el Profeta había proscrito á causa de un delito digno de pena de muerte (1) luego de la toma de la Meca, y que solo despues había sido indultado inconsideradamente, ó como El-Walid, hijo del



Aposento principal de una casa particular

descreído Okba, que tuvo que ser ajusticiado despues de la batalla de Bedr, y que era tan mal muslim que hasta se presentó un viernes borracho en la mezquita para asistir al servicio divino? Ciertamente que por ello le destituyó Othman inmediatamente imponiéndole severo castigo, pero su sucesor Sa'id era tambien un omniada, y aquella gente robaba cada dia con mayor descaro el Erario y favorecia no menos descaradamente á sus parientes y demás deudos con la concesion de empleos y dádivas ilegales, y hasta el ya citado Sa'id se atrevía á designar el Sawad, la mas rica provincia del califato, como el «jardín de los Koreisch (2).» A

(1) Ibn Abí Sarh era uno de los pocos vecinos de la Meca que sabian escribir, y por eso Mahoma le había dictado en Medina varias revelaciones cuya consignación por escrito era importante. En esta tarea había observado Ibn Abí Sarh que al Profeta se le pasaban algunas pequeñas inexactitudes, en que incurria al escribir, como, por ejemplo, poniendo «omnisciente, sabio» en vez de «oyente.» De esto dedujo Ibn Abí Sarh la conclusion inmediata para un hombre de fe débil de que no iba muy allá de la inspiración divina de Mahoma y apostató del Islam.

(2) Esto es, precisamente de los omniadas y de sus amigos los de la Meca.

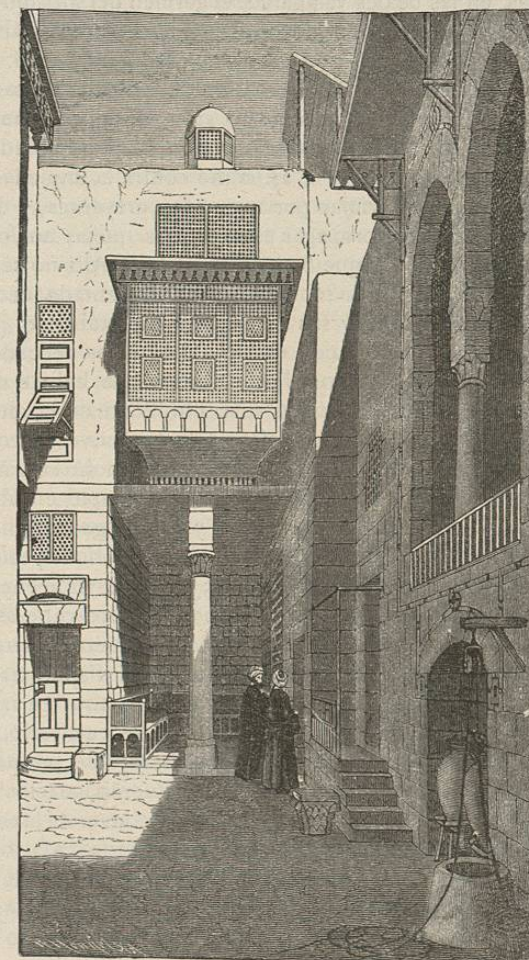
esto se agregaban las transgresiones de las disposiciones de Omar referentes á la propiedad territorial y á las anulaciones, transgresiones que redundaban igualmente en provecho de los omniadas y sus amigos, perjudicando á los piadosos y especialmente á los parientes mas cercanos y compañeros mas antiguos del Profeta; en una palabra, exceptuando el mismo partido de los aristócratas de la Meca, todo el mundo estaba descontento, y el odio de los piadosos contra aquel partido era cada dia mayor. Ya no podia el califa adoptar ni siquiera medidas verdaderamente oportunas sin que todo el mundo clamara contra ellas. Si permitía á Ibn Abí Sarh que construyera una escuadra, se decía: «¿Qué impía desviación de la conducta seguida por Omar!» Si quería ensanchar y herosear las construcciones de la Ka'aba, para lo cual era necesario derruir las casas vecinas, y si en vista de la negativa de algunos propietarios á ceder las suyas por un precio razonable, mandaba proceder á su expropiación, se levantaban quejas contra la arbitrariedad del poder; de modo que Othman en un momento de lucidez exclamó: «¿Os atreveis á tanto por mi benignidad; lo mismo hizo Omar y no os quejasteis!» Cuando la guerra contra la Armenia en el año 32, en la que debieron operar simultáneamente tropas de la Siria y del Irak, ocurrieron divergencias respecto de la interpretacion que se daba en ambos campamentos al Corán: dadas la transmision, en su mayor parte oral, de la palabra de Dios, y la imperfección de la escritura árabe, era natural que poco á poco resultaran, ya en un pasaje ya en otro, pequeñas discrepancias. Entre los de Kufa y los de Siria no existía ya, aparte de esto, mucha armonía, y así poco faltó en esta ocasion para que, á causa de interpretaciones diversas de lo escrito, se llegara á vías de hecho. Othman previó muy acertadamente que semejantes sucesos, de fácil reproducción, podian ser de graves consecuencias, y decidió mandar coleccionar y consignar por escrito todas las revelaciones, á cuya coleccion únicamente debía darse valor oficial. Ya durante el califato de Abu Bekr, y cuando hubieron perecido en la lucha contra Mosefilima muchos de los mejores conocedores del Corán, Omar había logrado que se formara una coleccion analoga, temiendo la pérdida posible de algunas revelaciones. Este trabajo fué encargado á Seid Ibn Thabit, hombre inteligente y fiel que, además, había servido como secretario al mismo Mahoma; pero su obra fué destinada para uso exclusivo del califa Seid, pues, recibió tambien de Othman el encargo de emprender de nuevo su tarea con toda escrupulosidad. Así lo hizo y formó una coleccion que, aprovechando los testimonios mas fidedignos, tanto orales como escritos, alcanzó el carácter de completa fidelidad y legitimidad. De este original, que quedó en Medina, se hicieron copias exactas y fueron enviadas á las capitales de las provincias, en primer término á Damasco, Kufa y Basora, con órden de reproducirlas allí para el uso de los muslimes y de recoger y quemar todos los ejemplares particulares que existieran á la sazón. De estos, pocos habria, porque entre los árabes había muy corto número que supieran leer. Entre los verdaderos creyentes se tenía á honor saber de memoria el mayor número posible de revelaciones, y entre los mundanos ya sabemos que el sable ocupaba el lugar de la escritura sagrada. De todas suertes, la medida fué ejecutada casi en todas partes sin repugnancia, siendo esta la mejor prueba de que Seid había llenado concienzudamente su cometido y de que en el Corán de Othman, base de toda la tradicion posterior, tenemos verdaderamente la palabra de Mahoma casi tan bien como en su forma primitiva. Pero los de Kufa, como ya era de esperar, siempre habían de tener algo que decir. Habitaba entre ellos el llamado Abdallah Ibn Mas'ud, uno de los pri-

meros que en la Meca se habían convertido al Islam, el cual había tenido siempre fama de versado en la revelacion y se consideraba á sí mismo como el mejor, y se manifestó ofendido por lo tanto de que no se le hubiese confiado á él el trabajo de la coleccion y sí á Seid, que era mas joven. Que Omar hubiese procedido de este modo, nada importaba á los de Kufa; mas para ellos su compañero Abdallah era el único que entendía la materia, y así se esforzaron en hacer cundir la acusacion de que el texto de Othman estaba falseado, que faltaban revelaciones que se publicaron á su debido tiempo contra los enemigos que tenía Mahoma entre los omniadas, que á la sazón habían sido suprimidas por parcialidad en favor de la familia del califa, y otras cosas por el estilo. No cabe duda alguna de que todas estas acusaciones carecian de fundamento. Los compañeros mas antiguos y leales del Profeta, hombres como Ali, Talja, Sober, Sa'ad y otros, que no eran muy adictos al califa, no suscitaron objeciones á su Corán, y por lo que conocemos de las discrepancias de Ibn Mas'ud, parece que estaban reducidas puramente á nimiedades de interpretacion del sentido literal. Posteriormente se conformaron tambien todos los muslimes ortodoxos, sin exceptuar á los de Kufa, con el texto de Othman; pero por el pronto hubo gran escándalo sobre el falseamiento de la palabra de Dios, lo cual abrió nuevos horizontes á la teología mahometana posterior y poco á poco contribuyó á aumentar en otros lugares además de Kufa la repulsion hácia el califa.

En el año 31 (651-652) murió en Medina Abu Ssofyan á la avanzada edad de 83 años. Pudo ciertamente abandonar el mundo con la satisfaccion de que había logrado aprovechar para sí y para sus parientes y amigos los tiempos mas difíciles con prevision y sagacidad. En efecto, su familia y sus deudos ocupaban á la sazón mejor que anteriormente en la Meca, los primeros cargos en todas partes y eran las personas mas ricas del imperio de los califas. Mas cuando Othman rezaba la oracion de difuntos en honor de su tío (1), ya el poderío mas brillante que sólido de la casa Omayya vacilaba por diversos puntos. La indignacion de los piadosos, en vista de la escandalosa preponderancia de la voluptuosidad y de las malas costumbres, había ya dado ocasion en el año 30 (650-651) á Abu Zar, compañero de Mahoma muy respetado por su piedad, para predicar públicamente en Damasco contra semejante escándalo y en favor de la vuelta al modo de vivir piadoso y del empleo de las riquezas adquiridas en fines agradables á Dios y no en lujo licencioso. Finalmente censuró en sus pláticas al mismo lugarmente; pero éste no usó de contemplaciones, le mandó prender y le hizo conducir á Medina. Tampoco allí cesó aquel hombre fervoroso de predicar sus principios ascéticos; situándose á la puerta de la mezquita del Profeta, tronaba contra los impíos, y todo el mundo sabia que su indignada palabra no iba dirigida mas que á El-Hakam, tío del califa, que en vida del Profeta y despues todavía, hasta la muerte de Omar, había estado desterrado en una pequeña poblacion á causa de su hostilidad hácia el Islam, pero que á la sazón se pavoneaba en la intimidad del califa con riquezas adquiridas recientemente, mientras que su hijo Merwan ejercía pernicioso influencia como consejero áulico del soberano. Por último, llegó Abu Zar á excitar los ánimos contra el mismo Othman, exhortando á la comunidad á «prescindir del que prescindía de Dios, á desear al que desechaba á Dios y á conservar permanentemente la soberanía y la sucesion en la familia del Profeta,» esto es, á elevar á Alí á califa en lugar de Othman. A éste se le acabó, por fin, la paciencia;

(1) Abu Ssofyan era primo de Affan, padre de Othman.

mandó llamar á Abu Zar, le ordenó salir desterrado á la pequeña poblacion vecina, Rábaza, y dirigiéndose á Merwan, que estaba presente, dijo: «¡Sácalo de la ciudad y no dejes hablar á nadie con él hasta que esté fuera!» Llévselo, pues, segun se dice montado en un camello con su mujer y su hija. Acertó casualmente á pasar Alí, á quien acompañaban sus dos hijos, El-Hasan y El-Husein, y Ammar Ibn Yazir; besóle Abu Zar la mano y entabló una conversacion que siguió gustoso Alí, y habiendo dicho Merwan: «El soberano de los creyentes ha



Patio de una casa particular

prohibido que nadie hable con él,» dió Alí un latigazo al camello de Merwan en los hocicos, diciendo: «¡Apártate tú, á quien Dios quiera apartar en el fuego del infierno!» Siguió luego acompañando tranquilamente á Abu Zar prolongando adrede la despedida. Abu Zar murió poco despues en Rábaza; pero el sentimiento de indignacion contra el espíritu mundano del partido dominante, á que él había dado expresion, se mantuvo vivo entre los creyentes, haciendo converger, como era natural, las miradas de todos los que se interesaban de veras por la causa de la religion hácia la casa del Profeta, que había sido injustamente preterida por los mismos omniadas, cuyos padres tanto habían mortificado en otro tiempo al mismo enviado de Dios durante la época de sus padecimientos en la Meca. Cada dia se extendía mas en las comarcas de la Arabia la opinion de que el califato correspondía de derecho á Alí, cuando en el año 32 (652-653), en otro punto muy distinto del imperio, se formuló precisamente con carácter dogmático la misma opinion, de improviso y de un modo altamente significativo. Abdallah Ibn

Saba, árabe meridional de origen judío (1), convertido al Islam, que se había ya hecho incompatible en Basora y en Kufa a causa de sus cavilidades, se presentó entonces en el Egipto predicando allí una doctrina que basándose en un versículo del Corán (2) adquirió apariencias ortodoxas: así como volverá el Salvador, en opinión de los cristianos, del mismo modo volverá Mahoma al fin de los tiempos, pero en el interin deberá representar a aquel que durante su vida fué su compañero, como todo profeta tuvo el suyo (3), y este no es sino Alí, a quien Abderrahman usurpó su derecho. Estas máximas, en las cuales ya aparece el germen del siitismo posterior, encontraron tanto mayor aceptación entre los árabes del Egipto cuanto que el descontento era general allí. Mohammed, hijo de Abu Bekr, fanático de tan cortos alcances como inteligente y reposado había sido su padre, clamaba allí desde hacía bastante tiempo contra la perversidad del lugarteniente Ibn Abí Sarh, así como contra la impiedad de la medida de hacer viajar por mar a los creyentes, y otros ayudaron con celo a propagar estas y otras quejas análogas.

Peor todavía era lo que ocurría en el Irak. Allí no se necesitaban cavilidades teológicas: la desatentada codicia con que los omiadas y sus protegidos explotaban el país, el orgullo y la soberbia con que trataban a los vencedores de Kadesía y de Nihawend, hacia tiempo que habían excitado en el mas alto grado la susceptibilidad de la altivez árabe en Kufa y en Basora. Así, no solo se aprovechó con el mayor celo el pretexto dado por Othman con su colección del Corán, sino que en todas partes se prorumpió en abiertas injurias contra los lugartenientes y sus allegados, y hasta en algunos puntos se llegó a vías de hecho. Othman, que de ello fué informado en el año 33 (653-654), tuvo la energía suficiente para ordenar que se prendiera a los cabezas de motin y se les enviara a la Siria, donde el gobierno enérgico de Moawiya y la lealtad de las tropas, poco dispuestas de suyo en favor de los del Irak, pronto harían entrar en razón a los discolos. Así se ejecutó, y Moawiya los encarceló, tratándoles con tal desconsideración y dureza, que pronto se amansaron y prometieron enmendarse. Fueron puestos entonces en libertad, pero sin dejarles salir todavía de la Siria; solo uno de ellos, precisamente el mas peligroso, Malik El-Ashtar, consiguió escapar primero a Medina y luego a Kufa. Allí empezó desde luego a representar otra vez su amenazador papel. Sa'id Ibn El-Así no dejó de ver el continuo peligro de semejante situación, y se trasladó a Medina para conferenciar con el califa; Malik y algunos otros aprovecharon su ausencia, —apoyados, según dice un relato, por Talja y Sobeir, que les enviaban dinero desde Medina, —para soliviantar a las tropas, de tal suerte que gran parte de estas, al tener noticia del próximo regreso de Sa'id, salieron fuera de la ciudad, y cuando se acercó con escaso acompañamiento le manifestaron que no le necesitaban ya como lugarteniente y que no le dejarían entrar. No le quedó, pues, mas remedio que regresar a Medina; pero la escasa energía de Othman se había agotado ya: se arredró ante la decisión de sofocar la insubordinación por la fuerza de las armas, y consintió en conceder a los de Kufa otro lugarteniente en la persona del

(1) Acerca del judaísmo en la Arabia meridional, véase lo dicho anteriormente.

(2) Cap. 28, v. 85: «He aquí lo que te ha mandado hacer el Corán; es el que te lleva al lugar del regreso.» esto es, a la Meca, la que para el Profeta, arrojado de allí por los infieles, representa el objetivo de un regreso posterior. La palabra que significa propiamente «lugar del regreso» expresa también la resurrección de los muertos y puede naturalmente ser interpretada por uno u otro género de regreso.

(3) Esta apreciación es mas antigua y se apoya ante todo en la relación entre Moisés y Aaron, entre Jeremías y Baruch y entre Daniel y sus compañeros.

por ellos deseado Abu Muza El-Asch'arí, que si bien es cierto que dió principio al ejercicio de su cargo recomendándoles la obediencia al califa, carecía de voluntad y de fuerza para obligarles a ello.

Puede considerarse muy cuestionable si aun en el caso de mayor decisión por parte del ya octogenario soberano hubiera sido todavía posible restablecer la autoridad del gobierno; pero una vez que él mismo cedía, creció en todas partes el espíritu de rebelión con funesta rapidez. La historia de Abu Zar prueba cuán en oposición estaban ya dos años antes en Medina con el califa hasta los mismos compañeros de Mahoma, y su actitud fué entonces verdaderamente amenazadora. Ya hemos visto que tenían derecho para creerse preteridos y perjudicados; pero la forma en que dieron expresión a su descontento demuestra que en definitiva no tenían por objeto la causa de la fe, sino principalmente intereses egoístas. Con tranquila reflexión, libre de móviles bastardos, habrían debido reconocer que en vista del espíritu de insubordinación de los árabes, especialmente en Kufa y en Basora, por una parte, y, por otra, en atención a la fuerte posición de Moawiya en la Siria, debía ser mantenida ante todo la autoridad del representante de Mahoma, la única que existía en el imperio, y en cuyo lugar nadie tenía derecho a poner otra. Ciertamente que hombres de espíritu piadoso al propio tiempo que amantes de la libertad, podían fácilmente persuadirse de que el soberano, que en definitiva no había sido designado mas que por el reconocimiento voluntario de la comunidad, podía perder su cargo por quebrantar la palabra de Dios; pero solo un ciego de espíritu habría podido imaginarse que el partido mundano, que disponía de medios de resistencia tan considerables, se dejaría arrojar de su ventajosa posición sin encarnizada lucha, y ésta debía poner término para siempre a la posibilidad de mantener reunidas en la comunidad las diversas tendencias para servir mancomunadamente la causa del Islam. Y, ¿quién podría en el porvenir contar como califa con la obediencia de los súbditos una vez dado el ejemplo de que una facción cualquiera impusiera leyes al representante de Mahoma, que era, además, su yerno? Semejantes consideraciones no podían exigirse a un fanático como Mohammed Ibn Abí Bekr ó a un discolo como Malik, pero los compañeros y deudos del Profeta, como Alí, Talja y Sobeir, deberían habérselas hecho y reconocido que era tanto mas imprudente prestar ayuda a movimientos sediciosos cuanto que desde las deliberaciones despues de la muerte de Omar para la elección del nuevo califa, cada uno de ellos sabía que sus propias pretensiones, en el caso de un nuevo cambio de soberano, serían disputadas por los demás. Si, pues, aquellos hombres, a pesar de todo, se dejaron inducir a socavar el trono de los califas por medio de punible connivencia con los sediciosos y hasta tal vez prestándoles oculto apoyo, hay que suponer que su deseo se limitaba a conseguir, con el auxilio de los revoltosos, poner en tal aprieto al débil Othman que se viera obligado a desprenderse de sus parientes y buscar protección en ellos mismos: de este modo la influencia dominante habría sido conquistada por aquellos a quienes de derecho correspondía. Cuán falso era este cálculo lo demostraron los sucesos; ni los inspirados por el fervor religioso, ni los enemigos personales de los omiadas estaban dispuestos a contentarse con términos medios. Sea de esto lo que fuere, ya en el año 34 (654-655) empezaron las personas mas influyentes de Medina a hacer oposición directa al califa. Alí se presentó un día en casa de Othman y dirigió a su cuñado, en nombre del pueblo creyente, según dijo, vivas censuras acerca de la preferencia dada a sus parientes. El califa se defendió como pudo, y en el servicio divino del viernes siguiente hizo una

plática a la comunidad reunida, en la que procuró demostrar que, en definitiva, no había hecho mas que lo que se había permitido a Omar. Pero no consiguió aplacar el descontento; diariamente, cuando pasaba por la calle, llegaban hasta él gritos sediciosos pidiéndole que destituyera a los lugartenientes impíos y que separara de su lado a Merwan. Pero a esto no daba oídos, ni adoptaba tampoco medidas suficientes para restablecer el orden. No condujo a resultado alguno el haber convocado en Medina, a fines del año 34 (mediados de 655), a los lugartenientes de las varias provincias para conferenciar con ellos sobre la situación del imperio, pues cada uno tenía algo distinto que proponer, y el califa se mostraba cada vez mas indeciso ante las dificultades que iban en aumento. Rechazó la oferta de Moawiya de llevarle consigo a la segura y tranquila Siria ó de ocupar a Medina con una gran parte de tropas fieles, presintiendo con razón que ambos medios solo podían conducir a un rompimiento violento; pero, por otra parte, miraba inactivo cómo sus enemigos personales, por ejemplo, Amr Ibn El-Así y Aischa, que como «madre de los creyentes» tenía grande influencia entre los piadosos y a la cual había irritado rebajándole su anualidad, excitaban cada día mas a la gente contra él.

Poco despues de la primera mitad del año 35 (principios de 656) se recibió inesperadamente en Medina aviso de Ibn Abí Sarh de que cierto número de descontentos del Egipto proyectaban, bajo pretexto de una «peregrinación de visita» a la Meca, ponerse en camino hacia la Arabia para sorprender allí al califa en su residencia y obligarle a abdicar. El lugarteniente recibió inmediatamente orden de oponerse por la fuerza a la realización del proyecto; pero mientras él perseguía sin alcanzarlos a los conjurados, que ya habían emprendido la marcha en número de unos 500, capitaneados por Mohammed Ibn Abí Bekr, estalló a su espalda una sublevación a la cual pronto se adhirió la mayor parte de las tropas del Egipto. Ibn Abí Sarh no podía sostenerse en el terreno mirado por los enemigos de Othman y por los partidarios de Abdallah Ibn Saba, y se vió obligado a retirarse a la Siria. Mientras los rebeldes marchaban, pues, hacia Medina sin ser molestados, poníanse también en camino hacia la capital, como consecuencia de un previo acuerdo, algunos centenares de descontentos de Kufa y Basora, y en el mes de Schawwal del año 35 (abril de 656) acampaban casi al mismo tiempo en tres pequeñas poblaciones a pocas millas de Medina, los egipcios, mandados por Mohammed Ibn Abí Bekr, los de Kufa, por Malik El-Ashtar, y los de Basora, formando un total aproximadamente de mil hombres. Los rebeldes enviaron personas de su confianza a la ciudad, los de Egipto a Alí, los de Kufa a Sobeir y los de Basora a Talja, rogándoles que mediaran para que se les permitiera la entrada: su propósito era hacer al califa representaciones acerca de su modo de gobernar y pedir la destitución de algunos lugartenientes. Por mas conformes que pudieran estar los tres hombres citados con que sus amigos en las provincias se agitaran lo suficiente para que el asustado califa se arrojara en sus brazos, no podía convenir a sus designios que penetraran en la misma capital masas de sublevados armados. Querían reservarse la dirección del movimiento y no dejarla en manos de gentes entre las cuales había no pocos discolos y fanáticos. Así, se mandó reunir el contingente armado de Medina, —por primera vez desde la rebelión de los árabes despues de la muerte del Profeta, — y fué negada la petición de los sublevados. Por otra parte, Othman, en vista del peligro que amenazaba, acudió a los compañeros del Profeta, y Alí se manifestó dispuesto a prestar su ayuda para poner término al conflicto.

Los sucesos ulteriores nos han sido transmitidos en forma muy contradictoria y en muchos casos intencionalmente desfigurada: nuestras fuentes mas antiguas proceden de la época de los abasidas, en la que por lo general eran abominados los omiadas, y se creía todo, mucho de ello inventado, lo que conducía a inculparles en los casos dudosos. En estos relatos aparece Othman como un anciano añado é imbécil, que bajo la presión del miedo a los rebeldes lo promete todo, y luego, en un instante, lo revoca influido por Merwan, su espíritu malo, hasta que la misma angelical paciencia de todo un Alí queda agotada y se ve éste obligado a dejar que se cumpla el destino. Pero lo mas oscuro de todo es la historia de cierto documento, al cual está reservada una influencia funesta en el desarrollo definitivo de estos sucesos. La narración oficial dice que los sediciosos se retiraron satisfechos con la promesa de Othman de destituir a los lugartenientes omiadas y de cambiar por completo su modo de gobernar, de suerte que todo el mundo creía ya pasado el peligro. Ahora bien: apenas emprendido el regreso dícese que las tropas procedentes de Egipto sorprendieron a un emisario que llevaba un escrito oficial con el sello (1) del califa para Ibn Abí Sarh, en el cual se le mandaba que prendiera a los cabecillas de los rebeldes y les hiciera cortar las manos y los pies; que indignados los amotinados, retrocedieron, y convencidos de que no podía confiarse en promesa alguna del califa, exigieron su abdicación; que Othman negó tener conocimiento alguno de semejante escrito, resultando luego, en efecto, que Merwan lo había redactado y remitido a espaldas del soberano. A pesar de esto, se añade, los revoltosos continuaron exigiendo la abdicación de un gobernante de cuya debilidad se podía abusar de tal modo, y habiéndose negado Othman tenazmente a renunciar al trono, se decidió obligarle a ello por la fuerza, ocurriendo, con semejante motivo, que algunos malvados sin conciencia asesinaron al califa, inviolable para todo verdadero muslim y bajo todos conceptos digno de respeto como yerno del enviado de Dios.

Por mas que ante todo se vea en los detalles de esta narración el deseo de sincerar a los de Medina de toda complicidad en el asesinato del califa y de explicar por qué los antiguos compañeros del Profeta no hicieron nada para salvar al próximo pariente de Mahoma, todo este artificio cae por su base ante una consideración imparcial. Si como se dice expresamente, Alí dió crédito a la aseveración de Othman de que él nada había sabido del documento de que se trataba, era su ineludible deber hacer todo lo posible para garantizar la vida del califa. Que se desentendiera de esta obligación, no se puede justificar en manera alguna, y por dura que haya sido la expiación que una justa disposición providencial le impuso despues, hay que reconocer que la mereció con creces, tanto mas cuanto que existe la sospecha de que ni aun siquiera llegó a creer que Merwan fuera el autor de la orden mencionada. A nosotros, de todos modos, nos debe parecer muy dudosa esa intervención de Merwan. Los amotinados pretendían haberse apoderado del portador del escrito en un lugar distante tres jornadas de Medina, en el camino de Egipto, y, a pesar de esto, no solo los que procedían de Egipto volvieron a presentarse ante Medina sino que tambien, casi al propio tiempo, se presentaron los de Kufa y Basora; esto difícilmente hubiera sido posible sin un acuerdo previo, y, por lo mismo, el escrito debió de ser tambien cosa convenida, esto es, que debió de ser inventado por los amotinados. Con razón se ha hecho notar que con

(1) Aun hoy en el Oriente los decretos del gobierno y otros documentos oficiales no van firmados, sino legalizados por medio de un sello que lleva el nombre del funcionario ó autoridad que los expide.